

## 11. *Bosquejos de España*, de S. E. Cook [1844]



SAMUEL EDWARD COOK WIDDRINGTON (1787–1856), capitán de navío de la Royal Navy –no confundir con el capitán James Cook, descubridor de Australia–, fue un marino y escritor inglés que recorrió España entre 1829 y 1832, escribiendo dos libros de viajes de mucho éxito en su época: *Sketches in Spain* (1834) y *Spain and the Spaniards in 1843*.

### Bosquejos de España

CÉSAR GAVELA



Enrique Gil tenía alma viajera. Pese al poco tiempo que estuvo en la vida y pese a las dificultades económicas o a las derivadas de su salud, tan pronto quebrantada, procuró siempre que pudo conocer lugares nuevos. En el último tramo de su vida recorrió la costa mediterránea española y buena parte de Francia, con estancias en París y Ruán, también en el actual Benelux y finalmente Berlín. Un viaje este, el más importante de su vida, también el de su muerte, que el escritor leonés dilató durante varios meses para observar mejor esos países. Sus adelantos, su pulso cotidiano y muchos otros aspectos políticos, sociales, jurídicos o culturales.

En el preámbulo de este ensayo sobre el libro *Bosquejos de España*, obra del capitán Samuel Edward Cook, de la Marina Real Inglesa, Enrique Gil critica al viajero que visita un país con ideas preconcebidas, muchas veces tomadas de la lectura de otras personas que le antecieron. Planteamiento que está abocado a echar a perder los frutos del recorrido. Lo que propone Gil es viajar con la mayor inocencia posible y “juzgar las cosas en su valor intrínseco, desnudas de las convenciones sociales y sin referirlas sino a aquellas ideas



eternas, fijas e invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo bello y lo verdadero”.

El leonés comenta el desprecio que muchos extranjeros, particularmente franceses, mostraron en sus libros de rutas por España. No sucediendo lo mismo con los británicos. Y como prueba de ello esgrime el gran volumen de George Borrow, *La Biblia en España*, con toda probabilidad el más hermoso libro de viajes por tierras ibéricas que se escribió en el siglo XIX; y eso que la centuria fue muy pródiga en títulos de esa temática. España era un paraíso para los viajeros procedentes de los estados más ricos y desarrollados de Europa porque nuestra nación aún poseía un tipismo muy peculiar.

España era un territorio grande y no muy poblado, con comunicaciones muy deficientes, en buena medida debido a las dificultades orográficas. Era también un país de fondas sucias y espartanas y de ciudades descuidadas donde vivía una sociedad poco alfabetizada. Una situación que luego iría modificándose a gran velocidad. Tanto es así que la España de Clarín o de Galdós ya es muy diferente de la propia de Gil y Carrasco. En menos de medio siglo la nación progresó enormemente. Se tendieron muchas líneas ferroviarias, se intensificó la industrialización, se aprobaron leyes modernizadoras y se produjo un desarrollo económico y social más que notable. Algo que no sucedía aún cuando el capitán Cook se adentró en España, en los años 1829-1831, decidido a recorrer el país en diversos viajes radiales, con centro en Madrid. Rutas que anotó con rigor y que, para Enrique Gil, fueron narradas siempre con un “estilo modesto y desnudo de pretensiones” y también, con “benevolencia y nobleza”.

A partir de ahí el berciano irá comentando, un poco a vuelapluma, las andanzas de S. E. Cook. En un punto de ese recuento interviene para opinar que la España de su tiempo era un lugar con “gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo y de estupidez por la de los gobernantes; de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización”.

Concluyendo así: “el discordante resultado de semejantes causas y combinaciones da a este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes”. Nuestro atractivo era hijo de nuestro casticismo y de la existencia de muchas Españas, no tanto por razones geográficas y culturales, que también, cuanto por los diferentes modos de vida que tenían la clase alta y el pueblo, los alfabetos y los iletrados, las personas urbanas y las que vivían en entornos rurales.



A partir de ahí Gil irá comentando en su artículo los recorridos de Cook. Sus viajes por Granada o Murcia, también uno a Torrevejeja, villa que entonces acababa de sufrir un cruel terremoto. Naturalmente no podemos citar ahora todas las impresiones que Gil espiga de la obra del británico, pero sí consignar un criterio general, que nos deja bien parados a los españoles. S. E. Cook resalta la amabilidad de los que manejaban las incómodas diligencias y la hospitalidad y modales exquisitos de muchas personas con las que tuvo trato. Pondera la belleza y gracia de las mujeres españolas y la sencillez y talento de los hombres de ciencia. También resalta Cook “la agudeza y disposición para la conversación”, considerando que ningún pueblo aventaja en tal punto a los españoles.

El capitán se detiene además en aspectos muy curiosos y diversos, desde la fiesta de los toros a las diferentes tipologías de los ladrones. Dedicando por último largos capítulos a hablar de cuestiones artísticas, económicas, geológicas o botánicas que prueban la gran pasión que el capitán Cook sintió por nuestro país. Convirtiéndose en un animoso antecesor de la imprescindible y fructífera nómina de hispanistas británicos.

### *Bosquejos de España (Sketches in Spain)*, de S. E. Cook

Aunque la importancia de los viajes está fuera de toda duda, pues sabido es que pocas cosas, tal vez ninguna, maduran más el entendimiento y fortifican el juicio, para nadie deben tener más precio que para los países mismos, que son objeto de esta clase de investigaciones. Las preocupaciones de la educación, el ascendente irresistible de la costumbre, los recuerdos más dulces de la vida, y por último el amor a la patria, que suele ser, si no la más ardiente, por lo menos la más duradera de las pasiones, contribuyen a cegar nuestros ojos y forman en derredor de nosotros una atmósfera moral, si así puede llamarse, que no por invisible deja de influir poderosamente en nuestras ideas. Por eso es tan instructiva la comparación entre nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones desde luego; por eso semejantes análisis y observaciones suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura del progreso; y por eso, finalmente, una de las esperanzas más firmes que puede abrigar nuestro corazón, es la de que la comunicación continua entre las diversas familias del linaje humano acabará por establecer, si no las relaciones de amor del



Evangelio, por lo menos aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelantan la causa de la civilización universal.

Era máxima del célebre Bacon de Verulamio, que el saber somero solía ser causa de irreligión, mientras el profundo nos llevaba a Dios, su manantial inagotable y puro. Una cosa bastante parecida se puede decir de los viajes. El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta o por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales, sobre todo cuando este país está marcado con el sello de una individualidad profunda y coloreado con un sin fin de matices, eso no solo contribuirá poco a rectificar sus ideas y dar solidez a su juicio, sino que sus observaciones serán un funesto presente a quien las leyere y causa suficiente de conservar vivas y chorreando sangre las antipatías y pretensiones, no siempre fundadas, de las naciones entre sí.

Por el contrario, el viajero que al recorrer una comarca hace abstracción de sus recuerdos y discursos anteriores, que juzga las cosas en su valor intrínseco, desnudas de las convenciones sociales, y sin referirlas sino a aquellas ideas eternas, fijas e invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo verdadero y lo bello; el que lleve, en suma, por guía en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración, ese será eficacísimo obrero en la tarea de la reconciliación universal y campeón esforzado en la gran batalla del error y la verdad.

Por desgracia de nuestra hermosa España (y no es por cierto la menor de las suyas) rarísima vez le acontece abrigar en su seno a quien no se complazca en abrir en él heridas más o menos profundas, y no se empeñe en hacerle expiar, ya con el aguijón del sarcasmo, ya con las venenosas armas de la calumnia, lo poco que le queda de su grandeza pasada. ¡Tarea tan triste como indigna, y a la cual para desdicha nuestra y mengua y baldón del siglo en que vivimos han contribuido nombres de los más ilustres!

El coronel Napier y los lores Londonderry y Aberdeen se han empeñado en deslucir nuestra gloriosa guerra de la Independencia, no de otra suerte que si la ignominia de la nación española fuese digno pedestal a la grandeza del duque de Wellington, su ídolo y patrono. Chateaubriand, como para descontar superabundantemente los interesados elogios que en *El Último Abencerraje* hacía del carácter



español con una intención puramente política, y mientras duraban los heroicos esfuerzos contra Napoleón, ha acumulado los errores más torpes y groseros sobre nuestra índole y costumbres en *El Congreso de Verona*. Jorge Sand ha dicho del pueblo balear que serían capaces de comerse unos a otros; y por último, Théophile Gautier ha venido el postrero a regalar a la prensa francesa y a la Europa culta esa sarta de disparates y sandeces, que tantas veces han hecho asomar la sonrisa de la compasión y del desprecio a los labios de las pocas personas que del lado de acá de los Pirineos se han tomado el trabajo de leerlos.

De los más, tenemos razón para quejarnos; pero nuestros vecinos transpirenaicos de tal manera han traspasado más de una vez la raya de la racionalidad y verosimilitud, que sus mismas exageraciones han servido de correctivo y contraveneno a la desventajosa opinión que de nosotros pudiera formarse, si la gente pensadora de otros países hubiera de atenerse a sus peregrinas invenciones.

Conocida es la conciencia de sus opiniones, la modestia de su carácter, la sencillez de su estilo, las penalidades a que se sujetan solo por amor a la verdad, y por último, su indiferencia hacia el efecto que puedan producir, para que sus aseveraciones tengan siquiera el peso de la probidad. Con sentimiento lo decimos, pero hasta ahora no ha llegado a nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja a las preocupaciones que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción, abriga contra nosotros.

Por desgracia, las observaciones de los demás viajeros europeos que más de una vez nos hacen justicia, rara vez llegan a indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses, pues sabido es qué lastimosa ignorancia reina generalmente entre nosotros sobre las demás lenguas. Estrella nuestra debe de ser sin duda, que la relación y estrecha alianza con Francia, reclamada por la buena política, haya de fallarnos más de una vez, y que su literatura, sus artes, y aun su moral, distantes como el cielo de la tierra de nuestro carácter, de nuestros hábitos, de nuestros antecedentes, de rondón se nos entren por las puertas. Con cualquier otro de los pueblos europeos nos unen simpatías y concordancias más marcadas: Walter Scott y Manzoni se asemejan infinitamente más en la novela a Cervantes que Víctor Hugo, Dumas, Soulié y demás escritores



franceses de este género. Nuestro teatro indígena se parece harto más al de Shakespeare que al clásico de Luis XV y al desbarajustado de nuestros días; nuestro Espronceda tenía más analogías con Lord Byron y Tomás Moore, que con ninguno de los poetas vecinos, y en prueba de lo bien que nos comprenden, los alemanes traducen palabra a palabra y verso a verso las obras de nuestro Calderón, y su entusiasmo aventaja al nuestro propio.

¿Por qué fatalidad, pues, ya que el árbol de nuestra grandeza literaria y artística ha perdido gran parte de aquella savia que antes le hacía lozano y frondoso entre todos, nos empeñamos en injertarle con un vástago tan exótico y desdeñamos los retoños de la misma familia?

ض

La lectura de los *Bosquejos de España* del capitán Cook; *La Biblia en España*, de Borrow, y las *Escenas de la vida en Méjico*, de la señora de Calderón de la Barca, obras todas inglesas, nos han sugerido estas reflexiones y consolidado una opinión que comenzó a formarse en nuestro entendimiento no bien saltó los límites de la literatura francesa, presente por desgracia a sus ojos antes que las demás de Europa, y aun que la patria misma. Supuesta la mayor analogía de carácter entre la gravedad española, la seriedad inglesa y la meditabunda tendencia del pueblo alemán, bien podía deducirse que sus monumentos literarios y artísticos, genuina expresión de su sentimiento íntimo, habían de estar ligados con los españoles por vínculos de parentesco próximo; pero como suele suceder con las teorías que la razón calienta en su seno, la práctica y el detallado cotejo no han hecho más sino poner a nuestros ojos de manifiesto la exactitud de la presente.

Buena prueba de ello es el libro de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, recomendable no ya por la solidez de juicio que descubre, no ya por su estilo modesto y desnudo de pretensiones, sino por la benevolencia y nobleza que en cada página transpira y que tan vivo contraste forma con el espíritu acre y ciegamente mordaz, alma de una gran porción de escritos de este género.

La prodigiosa cantidad de noticias que contiene, y que apenas podía figurarse nadie que cupiesen en tan breve espacio, prueban además la diligencia suma del autor, y la manera con que aprovechó su residencia



de cerca de tres años en España. Largo es el camino que hemos andado desde 1829, 30 y 31, época a que se refieren las observaciones del capitán Cook; numerosas las transformaciones políticas y sociales desde entonces experimentadas; graves sin duda alguna las alteraciones en las costumbres, y sin embargo nadie dejará de conocer en estos apuntes, no solo la España que pasó, sino la España misma de nuestros días, por trocada que aparezca. Sus principales rasgos están señalados tan profunda y hábilmente que no pueden ocultarse a nuestros ojos y son buena muestra de la sagacidad y detenido examen del autor.

En este libro —dice en el prólogo—, se hallará un análisis de la manera de gobernar muy poco conocida fuera de España, y de la rara amalgama de los diversos brazos del gobierno; de las ramas militares y civiles de la administración; del clero, los monjes y los establecimientos eclesiásticos y sus rentas; de los usos y modales del pueblo; de los ladrones y el sistema adoptado por esta ralea de gentes; del comercio y las rentas, con una relación de algunos curiosos modos de cobrar las contribuciones sumamente parecidos a los usados en el Oriente. También se hallará una noticia de los mármoles, vinos, caballos y minas considerados desde el punto de vista económico. Se encuentra además un bosquejo descriptivo del nacimiento, progresos, decadencia y restauración de la arquitectura con noticias de los mejores arquitectos. La escultura está también ordenada, y se da otra noticia histórica de sus progresos desde su época más temprana hasta la presente, con relación de los sitios donde se encuentran las obras más eminentes de cada autor. Iguales datos y con el mismo plan se proporcionan acerca de los pintores con un bosquejo completo de todas las escuelas en ambos ramos, en que apenas se echa de menos un miembro precioso.

La última división de la obra trata de historia natural:

En ella se encontrará relación de los bosques de España, incluso los Pirineos, y una noticia de la natural vegetación del arbolado por todo el país, con sus zonas o grados de elevación, y algunas especies nuevas o poco conocidas.

Va asimismo un breve sumario de la ornitología, y una noticia de las especies que pudo observar el autor y que no son conocidas. La conclusión contiene una idea general de la estructura geológica de la mayor parte de España, gran porción de la cual es nueva o se



conoce imperfectamente. Los capítulos sobre bosques y geología tienen planos aclaratorios para facilitar su explicación.

Ni es esto solo lo que el autor abraza, pues en el capítulo de las relaciones con Francia, último del tomo primero, anda muy político y atinado, si bien no acierta a desprenderse enteramente en ocasiones de su tendencia puramente inglesa. Todos estos puntos están tocados con raro juicio, generalmente hablando, en dos solos volúmenes de regular extensión; cosa que parecería increíble a no advertirnos el autor “que empleó el más exquisito cuidado en condensar y concentrar; pues de lo contrario, claro está que la obra se hubiera extendido mucho, cosa que procuró evitar”.

Tan al pie de la letra se encuentra cumplida esta promesa, que habiendo de acompañarle nosotros en ocasiones, preferiremos extractarle, bien convencidos de que nuestro resumen nunca acertaría a ser tan compendioso y nutrido como el suyo. De esta suerte lograremos dar a conocer al mismo tiempo el estilo y razonamiento del capitán Cook a los lectores, que de otra suerte se verían privados de ellos, o por no comprender el original o por no poseerlo; y con tanta mayor razón nos determinamos a este partido, cuanto que el candor y buena fe que revelan los siguientes párrafos, y no se desmiente en toda la obra, da lugar a poquísimas rectificaciones por nuestra parte, y de esas ninguna fundamental:

El autor se ha guiado en sus averiguaciones solo por autoridades nativas, ya en documentos escritos, ya en informes de viva voz, que en grande abundancia están al alcance de quien se tome tiempo para vivir con el pueblo y adquirir su lenguaje, pues es el más tratable y despejado del mundo cuando llega a entendersele, y el más dispuesto a secundar las miras de los que procuren enterarse e instruirse entre todas las naciones de Europa que ha observado el autor sucesivamente.

Los favores recibidos sobre este particular y durante un trato de la mayor afabilidad con que el pueblo más humano y culto puede recompensar a un extranjero, sin más mérito a sus ojos que el de juzgar imparcialmente acerca de los asuntos pertenecientes al país, son más de lo que él por su parte puede pagar, y reclamarán siempre su más vivo agradecimiento.

Excusado es advertir que las inexactitudes de las especies que





circulan sobre este país son muy grandes. Los libros más entretenidos y mejor escritos publicados últimamente pululan en errores en cuanto a los hechos, por más agradable que sea su estilo. Los franceses y nosotros somos igualmente dignos de censura en el particular, cosa tanto más lastimosa cuanto que entrambas naciones han tenido extenso trato con España.

Al examinar los pormenores de la sociedad y del gobierno, debe tener presente el lector que hay gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo, y de estupidez por la de los gobernantes; de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización. El discordante resultado de semejantes causas y combinaciones, da a este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes, pero que nadie puede apreciar con exactitud a menos de haberlo presenciado.

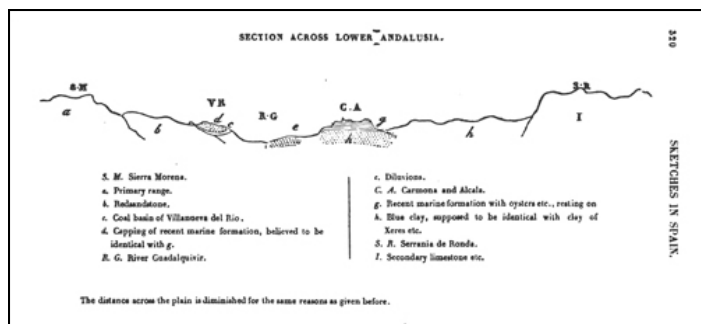
La inestimable ventaja de las variadas tareas que sirven de contorno a estos apuntes, fue la de descubrir al pueblo como no se hubiera presentado en distintas circunstancias, desde lo encumbrado hasta lo humilde, y pasando por medio de todos los rangos y categorías de la sociedad. Es inútil notar la ventaja de variar de estudios en un país como este donde cada parte tiene la suya de interés, y en que hasta las comarcas más salvajes y terribles proporcionan su cuota de instrucción o de entretenimiento.

Las correrías del autor arrancan casi todas de Madrid, y a todas partes alcanzan, si se exceptúa Galicia y la parte más occidental de Castilla la Vieja. Lástima es esta excepción sin duda, pues en aquellos distritos hubiera encontrado abundantemente con qué satisfacer su afición a las ciencias naturales, y en especial a la geología y mineralogía, y otros datos curiosos, y que en vano buscaríamos en los pocos escritores que cuenta nuestro país en la materia.

Como quiera no nos es posible seguirle en todas sus excursiones, a menos de copiar su obra por entero, pero le acompañaremos en algunas ocasiones. Su primer viaje desde la capital, fue, según puede presumirse, a Andalucía, Córdoba, Granada y Málaga. Veamos la impresión que hizo en su ánimo la segunda de estas ciudades.



Atravesamos a Santa Fe, donde el ejército de los Reyes Católicos (nombre que se da a Isabel y Fernando) asentó sus reales durante el asedio. Ahora es un pueblo miserable con una suntuosa iglesia moderna. La vista de Granada por el lado de la vega, que es por donde yo me acercaba, es la mejor en conjunto, pues abarca todo el espacio de un lugar que en punto a magnificencia exterior no burlará seguramente las más alegres esperanzas. La extensión de la ciudad con sus numerosas torres y cúpulas desde el arrabal del otro lado de la puerta de Elvira al naciente, hasta la margen del Genil que la circunda por el poniente, coronada con las torres encarnadas de la Alhambra; con los numerosos jardines y viñas sembradas por en medio, la empinada y áspera cordillera que guía la vista a la perenne nieve del mediodía, forman un conjunto (*ensemble*), que apenas necesita para realce la ayuda de lo novelesco que acompaña su historia. Hacia el lado del poniente desemboca el Genil de una hermosa hondonada que puede seguirse con la vista durante un rato por entre viñedos, olivares y morales.



94

El Monachil, arroyo de caudal casi igual, que da su nombre a una aldea situada en un lugar ameno y apartado, rara vez visitado aun por los naturales de la ciudad, o lo recibe de ella, mezcla sus aguas a las del Genil más arriba de los paseos que son uno de los hechizos de Granada. Encima de Monachil está el camino más corto para Sierra Nevada, y una silvestre y pelada montaña separa su corriente de la del Genil en su origen, hasta que se juntan en la llanura de abajo. Después de salir de la garganta que ocupa la aldea, el Monachil toma una vuelta por un llano enfrente de la

<sup>94</sup> Dibujo original de Cook, *Sketches in Spain*, v. II, p. 320.



aldea de Azubia, la más hermosa de las que rodean la capital. Está situada en una colina que se extiende hermosamente a la manera de Frascati, con jardines y casas de campo, nobles cipreses y otros árboles, y es retiro favorito de los granadinos. Parte de los trabajos del sitio fueron dirigidos desde allí. Más allá, hacia el poniente, todo es un páramo árido y terrible.

En su siguiente viaje el autor visitó la costa de Murcia y particularmente Torrevieja, poco después del terrible terremoto de 1829 [en la imagen, grabado de la época]:



Torrevieja está, o más bien estaba, asentada en un banco bajo de roca (*a low table of rock*) entre el mar y una gran laguna salada. Entonces era un montón de ruinas, pues no quedaban en pie más edificios que los molinos de viento de las afueras, que por su figura redonda y poca elevación resistieron los destructores sacudimientos con que vinieron abajo todos los demás edificios. Ricos y pobres, grandes y pequeños cayeron envueltos en la común ruina y hubo gran dificultad en salir de las calles, que eran anchas y regulares. El temblor sobrevino a la oración sin el menor anuncio o alteración atmosférica con un movimiento oscilatorio desde poniente a oriente y todo el estrago fue obra de pocos minutos. Cerca de treinta personas perecieron, en especial de los que pasaban por las calles, con la caída de las casas de los lados. El cura, su anciana madre y una criada fueron de este número al salir de la suya. La población era de cosa de 2.500 almas, el lugar limpio y bien construido; los habitantes ahora estaban alojados alrededor en habitaciones provisionales.



Me salió al encuentro un hombre muy respetable que se ofreció a acompañarme alrededor del pueblo y me señalaba las localidades. Entre las demás, me mostró las ruinas de su propia casa sin quejarse ni hacer alusión alguna a su desgracia. Cuando acabó me llevó a su habitación que era una cabaña compuesta principalmente de ramas de palma y tan pequeña que no había que pensar en entrar en ella, pero me la ofreció junto con aguardiente y todo lo demás que tenía, con aquel noble, sencillo e inimitable desembarazo, peculiar a este pueblo. Las mujeres de mejor clase, algunas de ellas de mucho atractivo, estaban trabajando sin descanso en su bordado y en otras labores domésticas propias de la España mora, asomando sus cabezas por las estrechas ventanas, hasta que la ausencia de los últimos rayos de luz las obligaba a dejarlo.

Yo dormí en una cabaña en el sitio que representaba la posada, donde me pusieron una cama limpia tendida en el suelo. Las delgadas vigas estaban amarradas con cuerdas a las paredes para evitar accidentes, y la gente, cuyo cariño y atención nada podía sobrepujar, se aseguró que nada tenía que temer si algún sacudimiento ocurría durante la noche. Cuando me levanté al rayar el día, las mujeres estaban ejecutando con característica cordialidad los oficios que sus criados hubiesen hecho en su lugar en tiempos más felices, barriendo sus humildes *verandas*<sup>95</sup> y las delanteras de sus casas, de trapillo (*in loose attire*) como se habían levantado de sus camas, con su largo cabello (que si es la gloria de las mujeres, mucho más lo es de las españolas) suelto al viento y cayendo hasta más abajo de la cintura. Todo el paraje era una pintura de ingenua y alegre resignación. No se veía un mendigo, ni se oía entre ellos una queja, ni un murmullo.

También las pinturas del capitán Cook abundan, como ven nuestros lectores, en ingenuidad y gracia, y prueban la índole flexible y noble de su talento, pero hay otros pasajes en que con pocas pinceladas sabe

---

<sup>95</sup> Esta palabra que en letra cursiva y como española encontramos en el libro, no sabemos si es provincial o está equivocada pues no la trae el *Diccionario de la lengua*. [Nota de Gil]. El anglicismo de origen hindú que extraña a Gil entra en el *Diccionario* de Gaspar y Roig en 1855 y en el *Diccionario* de la RAE en 1927, con el significado de “galería o porche”. En todo este artículo Gil, estudiante avanzado de inglés, prodiga citas en idioma original, con razón o sin ella.



trazar un paisaje vigorosamente y con soltura, a modo de los de Velázquez y Salvatore Rosa. He aquí el cuadro de Lanjarón:

Desde aquí, campo de Orgiva, una cuesta de una legua me condujo a una cumbre desde la cual se descubre la primera vista de Lanjarón, larga y desparramada aldea situada en una pendiente rápida que sube a Sierra Nevada, cuya eterna nieve se divisa a lo lejos por los descubiertos. La base en que descansa la aldea está cubierta de la vegetación más lozana y cercada de moreras, castaños, robles, olivos, limoneros, palmas y naranjos.

Las vides se enlazan con los árboles como en Italia. La cuesta termina repentinamente por la parte de abajo en un profundo barranco cuyo lado opuesto se alza como una colosal muralla, y un pico que sobresale está coronado con un arruinado castillo. En el fondo del valle hay molinos semejantes a los de Italia. Bastante lejos, al Mediodía, desde una cordillera llamada por excelencia la Sierra de los Moros, se ve el Mediterráneo. Al occidente caen empinadas montañas, que forman paisajes de forma la más clásica. Tal es la situación de este hermoso paraje, gloria de la Sierra Nevada, que puede competir en belleza pintoresca con otro cualquiera de Europa. En verano está muy concurrido a causa de las fuentes minerales, una de las cuales es un aperitivo salino muy fuerte y está reputada por de eficacia grandísima para debilidad e indigestiones. Con el abrigo de la montaña de la espalda, el clima es tan benigno que a pesar de su elevación los árboles salieron sin daño del tremendo invierno de 1829–30.

Al siguiente día partí para Granada, y cruzando una cordillera entré en el desfiladero abierto que separa la masa de Sierra Nevada de las tierras altas de Alhama y Sierra de Tejada, y forma la comunicación de la morisca capital con la costa. Imposible es aventajarle en galanura, porque es una alameda de olivos con palmas, naranjos y limoneros, jardines, frutales y edificios como los de los Poussins. Los trozos abiertos de este escenario muestran las magníficas lontananzas de las opuestas montañas y pertenecen al verdadero género de los grandes paisajes.

Durcal, llamado Urcal por estos semiárabes, porque nunca pronuncian la d, tiene abundantes manantiales de agua delicada que brotan de las rocas, y para variar estas interesantes perspectivas hay profundos barrancos. Este panorama termina en



Padul que era un llano pantanoso y ha sido saneado. Más arriba de él comienza el triste y descolorido páramo, desde cuya más alta eminencia lanzó Boabdil su último suspiro a las blancas y resplandecientes murallas de Granada.

De intento hemos extractado este trozo, aunque largo, no solo por su vivo colorido y grandes rasgos, sino por el contraste que forma con la opinión de una autoridad grande entre los ingleses, el célebre pintor David Wilkies, que nada halló de recomendable en este género en la variada y novelesca España, ni más ni menos que si el cruzarla en diligencia desde el Pirineo al Mediterráneo atravesando los yermos de las dos Castillas, fuese bastante para juzgar atinadamente del asunto<sup>96</sup>.

## II



A nuestro buen capitán [Cook] no le faltaron pruebas y molestias en sus correrías, si bien todas las sufrió con la igualdad de ánimo propia de un marino y de un hombre de mundo, a juzgar por el tono en que están contadas.

El deseo de conocer los montes de la sierra de Segura, de que hace excelente y exacta descripción, le puso en manos de un guía ignorante:

El tiempo, que había estado bueno, comenzó a revolverse, y levantándose un viento recio del Sur, las nubes principiaron a amontonarse, dando claras muestras de alteración. En lo alto del puerto encontramos un pastor a quien el guía habló aparte, pues

---

<sup>96</sup> Véase la vida de ese pintor, por Allan Cunningham. [Nota de Gil].



no quiso darme nunca a entender que su conocimiento del país no pasaba de allí. Cruzamos una loma y comenzamos a bajar. Se formó una espesa niebla y empezó a cerrar la noche, pero todavía seguíamos la rodada hasta que vi harto claramente que íbamos mal. Sin embargo, el hombre, con una perra terquedad, se empeñó en que iba acertado, hasta que al anochecer vinimos a parar a un aguadero o abrevadero para el ganado, en donde se acababa la huella. Todavía insistió en que íbamos bien, y esperanzado de encontrar el camino seguí su sugestión. Poco tardamos en vernos enmarañados entre rocas y precipicios, y arreciando la niebla y llovizna, no hubo más remedio que pararnos. Por desgracia nos encontrábamos a barlovento de la sierra, que por aquel lado estaba casi pelada.

Como quiera, yo escogí el mejor árbol y nos preparamos a acampar, encendiendo fuego con las ramas secas. En cuanto prendió, el guía, cuya ignorancia y testarudez tenían la culpa de vernos en semejante situación, se tendió a la larga, y en un minuto se quedó dormido, contentándose con decir al otro que lo sentía por el caballero.

Para ellos era cosa de todo punto indiferente, y se consolaron con la observación de que en una noche como aquella era imposible ver el camino ni aún en la carretera. Arrendamos los caballos cerca de la hoguera y aprestamos las armas, porque no dejaba yo de recelarme de los lobos que por allí abundan mucho y pudieran embestirnos. Teníamos copiosas provisiones, pero mi guía se había descuidado en llenar la bota en Pozo de Alcón, como le estaba prevenido, circunstancia de poca monta en esta gente, aunque su apetito es voraz. Después de una noche molesta, despuntó la mañana y al rayar del alba nos movimos y ganamos de nuevo el camino que habíamos dejado; pero al punto nos convencimos de que era meramente vereda para unos panes [sic.], y que íbamos metiéndonos por las gargantas más hondas del bosque. Entonces oímos la voz de un pastor, y llegándonos a él averiguamos que estábamos enteramente extraviados y nos habíamos apartado dos leguas del camino. Yo le reduje a que nos acompañara y deshicimos esta distancia, viniendo al punto en donde, torciendo el camino, el hombre había dicho al guía que tomase a la derecha, en vez de lo cual habíamos echado a la izquierda.



Las dificultades de policía para la refrendación del pasaporte obligaron a nuestro capitán a recurrir a las autoridades del gobierno en aquella sierra, de donde se acostumbraban a sacar maderas para la construcción naval:

Había entre ellos dos oficiales de marina y caballeros, como lo eran todos los oficiales españoles de la Armada que encontré. Sus modales ofrecían un curioso contraste con los de la grosera gente que tenían alrededor. El más joven era hombre de inclinaciones literarias y grandes conocimientos. Había estado en Trafalgar, del cual hablaba con aquel sencillo y noble candor característico y probablemente peculiar a esta gente, sin ocultar su admiración hacia el talento y valor que puso fin a aquel combate, y con una sensación de orgullo bastante común entre ellos, de haber presenciado aquella terrible escena, después que las ideas de la derrota y desastre se habían desvanecido, y las pasiones del tiempo habían cedido el puesto a otros pensamientos.

### El gato montés

La escena que el autor describe de la posada de Priego merece transcribirse aquí como una muestra más de la naturalidad y corrección de su dibujo, y de la sencillez y gracia de su colorido:

Al anochecer vino el alcalde de recrearse en la sierra con un enorme gato montés, que sus perros habían muerto con gran honra suya, porque era un animal formidable. En cuanto lo trajeron a la posada, todo el lugar vino a mirarlo; yo deseaba la piel, pero como no podía pedirla, dí órdenes secretas a mi mozo para que la comprase a cualquier precio, si podía ser. Por desgracia, algunos de la concurrencia lo vieron con otros ojos; sus estómagos comenzaron a afligirse, y se suscitó la cuestión de si podría o no podría comerse. La mayor parte opinaron por la afirmativa, algunos se callaron, solo el alcalde y yo convinimos en que no llegaríamos a él. Por último, un sujeto bien vestido se presentó con cierto aire de autoridad, y lo examinó en medio de un general silencio, después de lo cual dio decididamente su voto de que guisado con arroz estaría excelente. Varios españoles a quienes he contado este lance pronunciaron inmediatamente que era valenciano por su afición a semejante clase de aderezo.

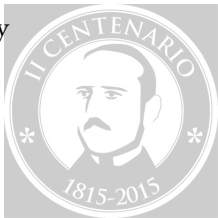




Con esto no se habló más: su decisión fue recibida con grandes aclamaciones, y al punto comenzaron a prepararlo para la operación. Todas mis esperanzas de conseguir el pellejo en estado de conservarlo, se desvanecieron. En corto tiempo lo hicieron pedazos, y pasándolo de mano en mano se preguntó a los disputadores si había algo que decir, y si en la traza y el olor no parecía exactamente conejo, su bocado favorito. Ciertamente que lo parecía, y así se dispuso al instante la cena.

El alcalde, a fuer de español legítimo, cedió el derecho que pudiera tener sobre él, salvo algún pedazo para memoria de su presa. El refrigerio se efectuó en medio de la animación que distingue al pueblo en semejantes ocasiones y que tanto se diferencia de sus asentados modales ordinarios. El banquete se redujo a unos pocos escogidos, porque excluyeron a todos los que con maullidos y otros aspavientos se burlaron de la determinación. Después de hacerle durar mucho tiempo y de beber copiosos tragos de vino, salieron a concluir en la *aguardentería*. Allí fue tanto lo que alborotaron, que el alcalde, cuya liberalidad personal era causa de este tumulto, tuvo que tomar la mano de oficio, y mandó llevar toda la cuadrilla a la cárcel, donde todavía quedaban cuando salí del pueblo. Durante la gresca de esta escena, que es exactamente de aquellas que se presentan en las tablas y forman sus inimitables sainetes, no sucedió la menor falta de compostura ni de respeto a ellos mismos o a los demás; cosa bastante diferente de la costumbre de las clases semejantes en la mayor parte de Europa.

El posadero, debajo de cuyo techo pasaba esto, era un patán; su mujer, cabalmente el reverso de la medalla. Era una moza de dieciocho años, que se había casado muy temprano y tenía dos niños. Había en su forma tanta esbeltez y elegancia, que en cualquiera parte hubiera llamado la atención. Su cutis, excepto las manos, era blanco como la nieve; sus ojos y pelo negros; su boca hermosa y pequeña, y sus facciones semejantes al modelo griego, como se ven generalmente. Vestida con la mayor sencillez, presidía esta extraña escena, respondiendo a las voces de los huéspedes, atendiendo a los quehaceres de la cocina, amedrentando al chico que traía en brazos para sujetarle, que por cierto era de muy mal genio, y alimentándole después en medio de las más tiernas caricias con su propia boca como los pájaros, y



encontrando de cuando en cuando ocasión para un poco de conversación, cosa que hacía con la desembarazada e inimitable gracia del país. Era natural de un pueblo inmediato. No pude averiguar su origen; pero su traza era valenciana, y en todo diferente de las rústicas hermosuras del lugar de su residencia. Como su marido era de los delincuentes, estuvo levantada hasta muy tarde, esperando su vuelta con mucho desasosiego, sentada a un rincón de la lumbre, de espaldas a la pared, con los dos niños agrupados en sus brazos, como una imagen de la Caridad. Al otro día muy temprano ya andaba dando vueltas para aviarnos en nuestra salida.

Por este estilo están delineados y representados el país y sus habitantes. A veces, sin embargo, toma nuestro viajero un tono más alto y propio de la historia. Después de hablar de Toledo y de sus preciosidades artísticas y naturales, viene el hermoso siguiente párrafo:

En tiempos modernos se ha puesto una inscripción en el sitio de la casa de Padilla que fue demolida, como para perpetuar el nombre del Sidney español, mientras los necios inventores imaginaban que lo entregaban a la infamia. Bien pudiera añadirse: *“Si monumentum quaeris, circumspecte!”*<sup>97</sup>.

Las caducas ruinas de este antiguo emporio de la industria, sus artes, manufacturas y comercio apagados; las aldeas y villas, de las cuales se dice haber desaparecido cuarenta en épocas recientes, y convertídose su territorio en despoblados, son testigos silenciosos de la verdadera índole del triunfo sobre las libertades de Castilla.

La naturaleza de las provincias del Norte, tan diferente en su aspecto de las del Mediodía de España, hizo una impresión favorable en el capitán; pero, sin embargo, sus correrías, sobre todo por Asturias, parecen haber sido algo más presurosas. En cuanto a este país no lo extrañamos, porque realmente los caminos son muy malos, y las comodidades del viajero escasísimas, si se exceptúan algunos pueblos de la costa. Así y todo, no deja de hacer mención de lo más notable de aquella tierra, que compara al Devonshire, y en especial de las famosas

---

<sup>97</sup> “Si buscas un monumento, mira a tu alrededor”. Epitafio en la tumba de sir Christopher Wren (1632-1723), ilustre científico, arquitecto y gran maestre masón, que diseñó la catedral de San Pablo de Londres, donde está enterrado.



minas de carbón de piedra de Langreo. Todavía más escaso anda en noticias acerca de León y distritos occidentales de Castilla la Vieja, y aún las que da no son muy exactas, como tendremos ocasión de ver. En cuanto a Galicia, ya dejamos indicado el completo vacío que se encuentra en la obra. Como quiera, de buena gana le seguiríamos aun por aquí, pues su narrativa es siempre agradable, y sin cesar descubre un espíritu grande de bondad, pero se hace imposible compendiar un libro que ya de por sí es un compendio bastante diminuto, ni igualar un estilo en que descuellan la concisión y el vigor como primeras cualidades. Así pues, nos ceñiremos a apuntar brevemente algunos pormenores de la obra.

ض

### La capital equivocada

Madrid encontró acogida poco agradable en el ánimo del autor:

Si el objeto hubiera sido una posición céntrica, Toledo, Talavera y aun Guadalajara lo eran tanto, y reunían ventajas de que carece absolutamente Madrid, cuya localidad es diametralmente opuesta a lo que debería de ser. Apenas tiene buena agua, navegación ninguna, clima malísimo y un árido desierto alrededor. Tal es el sitio elegido para capital de este magnífico país, que abunda en parajes hermosísimos, con espléndidas ciudades ya existentes, cuando se concibió el proyecto de convertir un monte de oso y puerco en metrópoli, cuya ejecución puede reputarse el triunfo de un poder despótico.

No son estos solos los inconvenientes que se han seguido al país de haber fijado la corte en Madrid, pues el lastimoso golpe que llevó la monarquía de Felipe II con la pérdida de Portugal, con razón puede achacarse en gran parte a esta desacertadísima medida, merced a la cual se entorpeció increíblemente la acción del gobierno español, y vino por último a quedar descubierto un flanco que mientras no se cubra, será un germen de debilidad en nuestro país por la ley inexorable de la política y de la geografía. El aspecto moral de Madrid no cautivó las simpatías del capitán [Cook] mucho más que el físico. Las clases elevadas le merecieron buen concepto, a pesar de los defectos que reconoce y atribuye en gran parte a la falsa política española, pero de las demás no formó la misma opinión:



Muchas causas se combinan al parecer para formar el peculiar carácter atribuido al pueblo de Madrid. La vida poltrona (*casaniere*) que hacen en una población donde apenas hay diversión ni distracción sino de la clase más ordinaria, y la ninguna mezcla de recreos campestres y otros, de que disfrutaban la mayor parte de las capitales de Europa, la falta de ocupación literaria y científica o de recursos de otra clase, a no ser en la frivolidad de la vida común desnuda de estos adornos, la absoluta nulidad de carácter, impuesta por el gobierno para secundar sus planes, que requerían el abatirlo todo hasta ponerlo a un mismo nivel, en que no hubiera ni un solo punto descollante, el curso habitual de la intriga y caza de empleos, que es la ocupación de una gran parte de las gentes; todos estos motivos, decimos, tienen que producir su natural efecto, y pueden explicar la poca afición que frecuentemente muestran a los madrileños los otros españoles.



Este es el centro de la corrupción de todas especies. Todos los abusos de la monarquía se juntan allí. No hay causa ni delito, por malos e indisciplinables que sean, que no encuentren alguno que tome a su cargo la defensa en esta confusión de caracteres, donde las mañas de la intriga, de la suplantación y la cábala, se mezclan en las relaciones sociales. De aquí la falta de sinceridad, donde continuamente están hablando a uno de franqueza; de aquí las vanas protestas, cuya solidez se descubre en cuanto se las pone a prueba; y de aquí la poca simpatía con lo demás de la nación, de la cual están separados, viviendo como los habitantes de un oasis africano, sin cuidarse de los torbellinos que hunden y destrozan a sus puertas caravanas enteras.



Nuestra edad no nos permite juzgar por testimonio propio de la exactitud de este cuadro de Madrid en 1828 y 30, pero lo que hemos oído, y algún imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833<sup>98</sup>, en que se conservaba con pocas alteraciones este orden de cosas, nos hacen creer que si el fondo es un poco negro, la copia no deja de ser natural. No faltan en el día espectáculos repugnantes a la moralidad y sentimientos nobles, pero los males que nos aquejan, no son por lo menos de aquellos que ahogan el desarrollo de los caracteres, matan el germen de la inteligencia y esterilizan el campo del porvenir.

El capitán Cook, que con tanta razón lamentaba la decadencia de los diversos ramos del saber, encontraría ahora de vuelta del destierro a sus más ilustres campeones, y a su lado gran parte de la nueva generación, que ha entrado con paso seguro en la arena de las artes, de las ciencias y la política. Por dolorosamente que trabaje nuestro ánimo la incertidumbre, y por mucho que entristezca nuestro corazón el desasosiego en que se han pasado los últimos años, fuerza es convenir en que del presente estado de cosas puede seguirse la esperanza y el progreso, y del otro solo el desaliento y la muerte.

\*

A vuelta de estas severas censuras se encuentran también justas alabanzas. Después de hablar de los diversos establecimientos de Madrid, el autor añade:

La liberalidad con que todos ellos se abren a los extranjeros es sumamente laudable, y cualquiera que tenga ocasión de entenderse con las personas que los dirigen, encontrará cortesía y facilidad tan grandes como en cualquier parte de Europa. Cierito

---

<sup>98</sup> En 1830 Gil tenía quince años y en efecto era demasiado joven; pero este supuesto viaje a Madrid en 1833 no es seguro. Gullón afirma sin documentar que “estuvo en Madrid acaso aprovechando el paréntesis estival” (*Cisne sin lago*, p. 67), y Picoche (*o. c.*, pp. 27-28) dice: “En 1832 hace una excursión a Simancas, donde encuentra al gran archivero Tomás González, que muere poco después, y realiza un corto viaje a Madrid”. Y en nota al pie, cita precisamente esta frase, «algún imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833», como único apoyo documental, y es además, añade Gullón, “el único texto donde alude a este viaje” (p. 69). ¿Es creíble que joven tan inquieto hiciera una escapada casi iniciática a Madrid con 18 años y nunca más lo mencionara, salvo esta alusión «imperfecta y aislada»?



establecimiento (el de minas) como no estaba de manifiesto al público, juzgué necesario dar pasos en particular para alcanzar medios de visitarle. Habíame dirigido a varias personas, y recibido las protestas que son allí moneda corriente; pero no veía que resultase nada con qué hacerlas buenas. Por último, cansado de las mismas repeticiones, me fui sin papeleta ni cartas de recomendación alguna, y al punto conseguí cuantas noticias deseaba.

El autor consagra un capítulo especial a los toros; y a falta de otras pruebas, esta lo sería muy robusta de la exactitud de sus observaciones y del buen juicio que le distingue. No anda menos acertado en el que trata del gobierno, de los tribunales y de los caminos, a propósito de los cuales y de los medios de viajar señala algunas cosas que no deben pasarse en silencio:



99

El sistema adoptado en estas diligencias es diametralmente opuesto al de Francia. En este país, como ha observado hace mucho tiempo uno de sus mismos escritores, el viajero es un fardo de géneros, y la administración no se cuida más de él que de recibir su dinero y asegurarse de toda reclamación en cuanto a la pérdida del equipaje. Estas molestias, en vez de disminuirse, van en aumento todos los años, y las comunicaciones en los caminos transversales y aun en casi todos los otros son la mengua de un país civilizado.

---

<sup>99</sup> Diligencia hacia 1830, óleo de Bürkel.



En España la primera atención es procurar cuantas comodidades da de sí el país, antes de invitar a nadie a viajar en sus transportes; se atiende a todas las minuciosidades, y el resultado es un adelanto de todo punto increíble en poco tiempo, que está influyendo en todo el sistema de comunicaciones exteriores. [Aquí describe las comidas y descansos de las diligencias.] Donde quiera que para el coche, el mayoral abre la portezuela y pregunta si alguno quiere apearse. En estos transportes todo está arreglado al mismo sistema uniforme de atención cortés y respetuosa a la reunión y a cada uno. A los que han viajado en las diligencias francesas no necesito advertirles el contraste en general, y en especial en el mediodía. En uno de los últimos viajes que yo hice, el conductor de una diligencia de Burdeos impidió de hecho el desayuno de los viajeros, asegurándose su egoísta comida con parar el carruaje en el camino contra lo mandado.

El juicio que hace del clero secular y regular es por punto general tan favorable al primero como gravoso al último. Acabada ya esta institución, por tanto tiempo respetable, y cuyos miembros lo son todavía más ahora por su desgracia, no es menester que copiemos las palabras severas del capitán Cook, si bien no podemos ocultar que nos parecen justas. La opinión que forma del culto es lisonjera para nosotros; y en cuanto a lo demás, nos parece mejor escucharle a él mismo:

En las majestuosas catedrales de España cada cosa se conserva con el mayor cuidado. La liberalidad con que se enseña todo no es fácil de sobrepujar. Si un curioso manifiesta interés por las obras de arte, desde el deán hasta el último individuo trabajarán a porfía en facilitar sus deseos. Yo he hallado la mayor dificultad en conseguir que recibiesen el menor agasajo algunos dependientes que no se habían ahorrado tiempo ni molestia.

El contraste es muy chocante en Londres. A mi vuelta de España fui a asistir al servicio divino en Westminster Abbey, edificio con el cual nada puede competir en grandeza histórica y nacional en España o fuera de ella. Apuradamente se podía entrar, pero el corto espacio concedido al público y el modo miserable con que cada paso estaba cerrado y guardado por una cuadrilla de gentuza y celadores, claramente daba a entender que



si pudiera ser, se cerraría. Este estado de cosas, que a los ojos de cualquier observador imparcial trae descrédito a la Iglesia y al país de que son pertenencia tales edificios, es de esperar que se remedie prontamente (como tendrá que suceder al cabo), y que estas magníficas fábricas se restituyan al público, a quien corresponden.

En el capítulo que trata del ejército y fuerza armada se descubre el mismo criterio recto y desapasionado, y se encuentra una mención honorífica de las armas facultativas, en especial de la artillería. Los realistas, como era de esperar de un hombre perteneciente a una nación adelantada y liberal, no son de su devoción. En lo relativo al cargo de capitán general está escrita la lamentable tragedia y alevosa muerte del caballeroso general Torrijos con rasgos tan sencillos como patéticos, lo mismo que la conducta generosa del malogrado Quesada cuando los sucesos de la isla en 1831.



100

Del capítulo que dedica el autor a nuestro trato y modales, quisiéramos dar razón circunstanciada porque es el verdadero campo de nuestro desagravio, pero tan fácil parece escoger entre sus preciosos

---

<sup>100</sup> *El fusilamiento de Torrijos*, óleo de Antonio Gisbert, 1888.





materiales, y tan largo va ya este trabajo, que nos habremos de contentar con citar casi a la ventura. Hablando de la acogida que suele hacerse en las casas españolas a los extranjeros, dice:

Es tal el atractivo del modo con que se cumple este deber de la hospitalidad, que muchas veces he aceptado invitaciones para visitar casas en que no había nada de curioso, solo por ver la inimitable gracia con que los huéspedes reciben sus visitas, aunque sean pasajeras. Los modales españoles más finos reúnen aquella mezcla de franqueza y reserva, de sinceridad y cautela, de seriedad y gravedad, junto con buen humor, que cuando estriban en la filantropía más perfecta y en el respeto a los demás como a sí propio, constituyen probablemente la perfección de los humanos modales.

A los hombres de ciencia siempre los encontré en las ocasiones que tuve que tratarlos, que fueron muchas, y en todos los casos que llegaron a mi noticia, dotados del mismo carácter, a saber: la sencillez más extremada, nada de presunción ni charlatanería, la mejor disposición a comunicar los conocimientos que poseían sin hacer misterio jamás ni encubrir nada, y sin embrollar en manera alguna su propio entendimiento ni el de los demás con teorías o sistemas extraviados. En los modales franceses e italianos se nota, aunque en grado muy inferior, la diferencia entre la atención y cortesía puramente mecánicas, y la que se funda en la verdadera galantería y respeto, universal en España. Las historias que se cuentan de las reliquias de un sentimiento caballeresco hacia el bello sexo, son de todo punto ciertas.

Los restos de las costumbres de aquella edad, de que moros y cristianos participaban igualmente, están fuertemente mezclados con los usos de todo el país. Nada se ve en Europa comparable al garbo de la manera con que los majos de Andalucía cortejan y enamoran a sus novias en sus fiestas. Las gentes de Italia y del mediodía de Francia que practican las mismas cosas son payasos y patanes cotejados con ellos. Encuéntranse a veces entre las clases elevadas, mujeres cuyo porte es cabalmente lo que nos figuramos de las damas de alta prez de la caballería, que si alguna vez existieron en otra parte, han desaparecido ya. Raras son aun en España, pero pueden hallarse en el mediodía. Está por demás decir que las mujeres que tienen semejantes derechos a la admiración, deben de ser virtuosas.



El capitán, como todos los extranjeros que poseen algún instinto artístico, se declara ardiente partidario del traje nacional en las mujeres, y sobre todo de la mantilla. La censura que hace de la manía de introducir modas extranjeras escogidas sin criterio ni analogía a nuestros gustos y carácter, y que privan a nuestras damas de su gracia proverbial y genial atractivo, no puede ser más justa, y nosotros le prestamos todo nuestro humilde apoyo.

En disposición y agudeza para la conversación –añade un poco más adelante–, así como en inclinación a ella, ningún pueblo aventaja a los españoles. Mme. Staël decía: “*Conversation comme talent, n'existe qu'en France*”. No hubiera usado semejante expresión, si hubiese tenido ocasión de estudiar los españoles que poseen el verdadero talento en grado mucho más eminente que los descendientes de los galos u otros cualquiera de Europa. En cuanto a talento para los salones, sin duda que son acreedores los franceses a la reputación de que gozan; pero como don concedido a todas las clases, los españoles exceden a cualquiera nación moderna.

Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre las lisonjas que llevamos apuntadas<sup>101</sup>, pero sin temor de que nos desmientan podemos asegurar que la mayor parte de estas desfavorables alteraciones no vienen de nuestras costumbres, y sí de elementos exóticos malamente introducidos en ellas. Por fortuna no han filtrado todavía hasta la masa general del pueblo, y con respecto a él son exactas y de cabal aplicación las observaciones del capitán Cook.

El capítulo último del tomo primero versa sobre nuestras relaciones con Francia, y da curiosos pormenores acerca de la invasión del año 1823. Como buen inglés, no deja de aprovecharse nuestro viajero de las graves faltas políticas de una nación que, debiendo ser nuestra más firme y natural aliada por la comunidad de intereses y por su posición geográfica, dos veces nos ha embestido en el presente siglo como

---

<sup>101</sup> En el original, “Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre lisonjeras las que llevamos apuntadas”, que *Obras en prosa*, p. 223, y *O. C.*, p. 562, corrigen así: “Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre las lisonjeras que llevamos apuntadas”. Ambas lecturas son enrevesadas: más que “especies lisonjeras”, quiere rectificar alguna de las lisonjas antes apuntadas.



arrebatada de un vértigo fatal: una para despojarnos de nuestra independencia y otra para arrancarnos nuestra libertad. Iniquidades grandes, en expiación de las cuales murió Napoleón en una roca del Océano, y Carlos X acabó sus días en el campo del destierro. Afortunadamente semejantes tiempos y peligros han pasado para no volver probablemente en muchos años, y el capitán Cook, con su acostumbrada imparcialidad y buena fe, es el primero en reconocer la distancia que separa entrambas situaciones. En otro artículo daremos cuenta del segundo tomo de la obra.

✦

### III

A medida que se adelanta en la obra del capitán Cook se comprende más claramente la dificultad de extractarla sin copiarla casi por entero: tan condensados están los materiales y tan aprovechado el terreno. El segundo tomo trata en sus capítulos de los ladrones, del comercio y las rentas de la hacienda, de los mármoles y vinos, de los caballos, de las minas, de la pintura, escultura y arquitectura, de varios ramos de historia natural y por último de la geología. Y no se crea por eso que es una mera tabla razonada de semejantes materias, pues solo en pintores y escultores hace mención de 127, con noticias artísticas de todos ellos y juicios sólidos y detenidos de los principales. Las razones que nos asistían en el anterior artículo para preferir las palabras del capitán a las nuestras, tienen ahora mayor peso, pues las cualidades distintivas de su estilo son de más bulto en el segundo tomo. Por lo tanto le seguiremos principalmente en aquellos trozos de camino en que su compañía es más agradable.

Las noticias que da de los ladrones en el primer capítulo, prueban bien lo minucioso de sus indagaciones y lo claro de su juicio:

Los bandoleros de caminos en España –dice– pueden dividirse en tres clases. La primera *rateros* o *raterillos*<sup>102</sup>, término específico

---

<sup>102</sup> Todas las palabras españolas subrayadas en el texto, están escritas del mismo modo. [Nota de Gil].



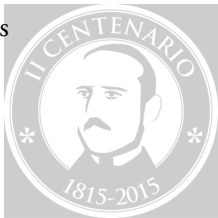
derivado de un sustantivo que significa robo pequeño y ruin. Suelen frecuentar varios distritos, especialmente en la Andalucía alta, donde rondan por las cercanías de las ciudades y pueblos para asaltar de noche al descuidado viajero, generalmente con gran superioridad numérica. Muchas veces son gitanos y otros vagabundos de la misma calaña, y sus villanas mañas nos excusan de describirlos más minuciosamente.

La segunda clase se compone de gavillas montadas a veces, pero más frecuentemente de a pie, a las cuales puede dárseles el nombre de *salteadores*. Unas veces andan de continuo en despoblado y otras salen de los pueblos a empresas combinadas de antemano, después de lo cual vuelven a sus acostumbradas ocupaciones.

Los de la tercera clase son la casta noble o real, que están equipados con regularidad y siempre en campaña, a caballo, bajo el mando de jefes conocidos, y en guerra abierta con las autoridades. Solo se encuentran ahora en la Andalucía baja.

Las cuadrillas bien ordenadas toman a veces a su cargo la reparación de los agravios e injusticias. Hace algunos años, y a lo que creo en La Mancha, existía una gavilla a cuyo capitán se vio entrar algunas veces de día en los pueblos avisando a las autoridades, y mandar abrir los almacenes para distribuir aumentos a los pobres. Acontece a menudo que semejantes gentes después de errar durante algún tiempo por los confines de la sociedad, unas veces por indulto o perdón expreso, otras por connivencia de los tribunales comprada a costa de una parte de sus ganancias, vuelven a entrar en la vida arreglada y llegan a ser pacíficos y honrados vecinos. En dos pueblos de Castilla la Vieja me aposenté yo en las dos principales posadas cuyos dueños eran ladrones retirados. Entrambos eran hombres superiores en estilo y en modales; el uno me acompañó fuera del pueblo en calidad de guía y su casa estaba manejada con mucho arreglo y tino.

En 1830 se anunció oficialmente en *La Gaceta* que las desparramadas cuadrillas de Sierra Morena, después de haber estado quietas durante algún tiempo, habían juntado sus reliquias bastante numerosas sin embargo, y atacado en Despeñaperros (paso famoso en el camino de Andalucía) una cuerda de presidiarios que iban a uno de los presidios del mediodía. La escolta que los conducía, sin embargo, tuvo mejor suerte que sus



predecesores en su encuentro con don Quijote en los mismos parajes, y rechazó a sus enemigos. Semejante expedición que requería vastas inteligencias y eficaz cooperación entre gentes diseminadas por un extenso territorio, y tenía por único y desinteresado objeto el librar de trabajos a algunos miserables compañeros, solo puede verse en España. Aunque en el objeto no cabe defensa, la determinación de unas gentes tan fieles y leales a una mala causa, les hace mucho honor, y se diferencia no poco de las que mueven en otros países a semejantes bandas.

Los ladrones de Andalucía se diferencian de los demás por sus modales y garbo, cosa muy común, especialmente con las mujeres, aunque no faltan excepciones. Una señora que yo conozco se libró de ser robada por su presencia de espíritu y tocando a esta gente singular en su punto de honor. Iba de viaje y se había parado a almorzar en un desfiladero, donde se abrigaba una cuadrilla que tardó poco en aparecer. Con admirable serenidad los convidó a que la acompañaran con la franca manera que se estila en el país, cosa que ellos aceptaron y la dejaron en paz. Esto solo en Andalucía podía acontecer. Más de un ejemplo<sup>103</sup> sucedió estando yo en España, de devolver las alhajas de las damas mientras se llevaban todo lo demás, pero no siempre se ve esta novelesca generosidad.

El resto del capítulo trae noticias no menos características y curiosas sobre la inexorable persecución de los ladrones de Andalucía por Castro, que pudiera dar asunto a un drama; y sobre José María, el hombre más notable entre ellos. Por lo copiado en nuestro artículo anterior y por esto, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de que los estudios de nuestro apreciable viajero acerca de la sociedad española son completos.

Los capítulos que tratan de las contribuciones y rentas de la hacienda pública, de los mármoles, vinos y caballos, habremos de dejarlos en claro, porque en una reseña por necesidad rápida, no cabrían ciertas observaciones que los primeros nos sugieren; y en cuanto a los segundos, aunque los tengamos por de importancia grande, forzosamente habremos de trocarlos por otros de más valor sin duda en libros de esta clase.

---

<sup>103</sup> En el original, “ejemplar”.



## El estado de las Bellas Artes

Con esto queremos indicar los trabajos que el autor destina a la crítica y examen de las nobles artes en España, en los cuales descuella como en otras partes y aun algo más; aquella modestia, templanza y bondad que tan agradable hacen la lectura de su obra. Después de dar una noticia de los principales edificios de España, antes de entrar a juzgar las obras de escultura, dice:

En las observaciones acerca de estos estilos y maneras, las comparaciones se refieren a modelos reconocidos que han sido el texto de diversas edades, y no hay pretensiones de ciencia, ni maestría. Para estar en disposición de juzgar acerca de estos asuntos, así como de cualquier otro ramo de ciencia, se necesita práctica y costumbre, y para nada es menester aquí, ni se usará nunca el misterio o la charlatanería. La obra que sirve de guía en cuanto a fechas y lugares es la de Cea Bermúdez, que puede reputarse la mejor compilación moderna o catálogo razonado.

No necesitaba por cierto semejantes excusas y aclaraciones quien sabe profundizar ciertas cuestiones del arte y encadenar sus causas para presentar en su verdadero punto de vista la diferencia de sus efectos, como se ve por el siguiente párrafo:

El paisaje ha sido estudiado por todas las escuelas (españolas) con el más satisfactorio resultado, y de ellos los hay que no ha aventajado ninguno. El estilo se diferencia del de Italia a no ser donde se ha imitado expresamente. El clima no es favorable a aquellos grandes efectos atmosféricos, que son el alma del paisaje italiano y pueden trazarse desde la «alpina cresta del azul Friuli» de donde los padres del arte –Giorgione y Tiziano– sacaron sus inimitables vistas al través de los Apeninos centrales, donde se formaron los Carracci aplicando una observación más profunda sobre los efectos del aire, que trasladaron luego de las peculiaridades locales a la pintura histórica y de país por medio de distinciones más útiles que las anteriormente observadas. En la *campagna* de Roma y en los distritos montañosos confinantes, en Olevano y en Palestrina puede seguirse a Claudio [de Lorena] y a los Pousins dentro de sus talleres, y verse su maquinaria en medio de sus magníficos efectos de sol, o de sus cielos oscuros y tempestuosos.



Las playas de Salerno y de Amalfi suministraron otras vistas a Salvatore Rosa, el cual comenzó allí aquellos estudios que se acabaron en los desiertos de Volterra y de la Toscana inferior. Estas espléndidas escenas de una naturaleza siempre varia no fueron concedidas a los pintores españoles. A mi juicio, con la claridad, sequedad y rareza del aire se echan de menos en la Península aquellos mágicos efectos que despertaban los talentos de los grandes italianos, y el modo de ver la naturaleza es proporcionalmente distinto.



104

El cielo de invierno es de un azul particularmente frío, claro y transparente, mientras una atmósfera resplandeciente, brillante y sin nubes, poco acomodada por su misma excelencia a los usos del pintor, es la que se ve la mayor parte del año. Las tintas atmosféricas por todo el país son de un gris plateado, perfectamente estudiado en todas las escuelas, y que las caracteriza donde no han imitado y aun copiado, como varias veces sucede, la escuela veneciana y otras de Italia. Por desgracia nadie ha registrado la España en toda su extensión. Las costas de Valencia tienen peñascos parecidos a los de Amalfi y un cielo en cuyo cotejo el de Campania es oscuro y nebuloso, y Claudio

---

<sup>104</sup> *La campiña romana*, Claudio de Lorena, 1639.



hubiera encontrado tintas más blandas y claras si la fortuna le hubiese llevado a estas resplandecientes playas.

Las ásperas costas de Asturias y Galicia con su frondosísima vegetación ofrecen escenas que compiten con las mejores de Italia, Sierra Nevada hubiera podido rivalizar con la península oriental si hubiera sido estudiada. La cordillera central de Guadarrama proporcionó a Rubens algunos de los magníficos asuntos, que han sido preservados por Bolswert.

Quien de tal manera discurre, ya conocerán nuestros lectores cuán poco ha menester la indulgencia del público, cuán perdonables serían en él aun los fueros de hombre de voto. Los juicios que forma de varios pintores de las diversas escuelas españolas, y en especial de Zurbarán y de Murillo, dejan en buen lugar su criterio; pero del de Velázquez no podemos menos de transcribir algunos renglones:



Velázquez es menos conocido como pintor de país, aunque en sus mejores obras ha igualado a los más eminentes que han podido existir. En este punto es más variado que en ningún otro. Estudió detenidamente en Venecia, y yo he visto pinturas pequeñas copiadas de los dibujos o cuadros originales del Tiziano, de los cuales apenas se distinguían.

Él introdujo el paisaje en sus retratos, del mismo modo exactamente que aquel insigne maestro, acomodándolo al asunto y al tono de color del primer término. En el *Felipe III*, un azul

subido del fondo está contrastado con las suaves tintas del jinete y del caballo, y lo mismo sucede en otros varios. Algunos que no requerían el color fuerte empleado en esta pintura, tienen los tonos fríos y plateados que se ven en los días de otoño y de invierno desde el palacio de Madrid, al ponerse el sol detrás de la apartada cadena de montañas de Guadarrama, que para estos pintores era lo que el Friuli para los venecianos.

Muchos de sus países más pequeños son estudios familiares de las tierras de Aranjuez y otros sitios reales, con templos y ruinas.



Casi todos los de esta clase se encuentran en Madrid, donde no hay ni siquiera uno de sus verdaderos paisajes. Dos muestras existen en mi poder de paisaje arquitectónico, compuestas al parecer como reminiscencias de Venecia, pero muy superiores a la realidad. Estos son muy raros, pero él pintó en casi todos los estilos. Otras dos imitaciones de Claudio tengo yo, una de las cuales apenas podría distinguirse a primera vista de aquel maestro; pero la ejecución es diferente, pues un solo brochazo ha producido los mismos efectos que los prolijos toques del delineador de Italia. Algunas veces se encuentran muestras extraordinarias de su ingenio en este ramo. Una de estas representa un puerto o el paso de una montaña que domina un país distante iluminado por un poniente de sol brillante. La luz viene en disminución hasta el primer término, y está trabajada a la manera de la escuela veneciana, viniendo a perderse en medio de rocas y precipicios sumergidos en la oscuridad más profunda. Este cuadro, que en la actualidad para en Inglaterra, bien puede ponerse a la cabeza del arte de pintar países.

Otro, que también está en Inglaterra, ha sido ejecutado en imitación de Salvatore Rosa, a cuyas más excelentes obras en su particular y más grande estilo, iguala, si no excede. Pudiera suponerse que se había pintado en Amalfi, aunque el autor nunca estuvo allí, según lo bien que había comprendido el color y carácter del lugar. Hay muchas pruebas de la buena correspondencia artística y amigable rivalidad que existía entre él y Rubens, a quien se parecía en algunas cosas, siendo los dos no solo artistas de la más elevada esfera, sino cumplidos caballeros y hombres de sociedad. Con la misma verdad pintaba *bodegones* o asuntos comunes de la escuela holandesa. En realidad cualquiera cosa, desde la región más encumbrada de la historia hasta las más comunes y triviales, eran lo mismo para él. Yo he visto un corral de una granja donde se distinguen aves en todas sus ocupaciones habituales, que no le aventajaría ningún maestro holandés, y el bosquejo de un gran mastín royendo una cabeza de ternera, que difícilmente igualaría el mismo Snyders.

A él, como a otros, se le ha puesto la tacha de que sus figuras son comunes y ordinario su modo de ver la naturaleza; pero como no sabemos de qué originales se servía, tenemos por excusado sostener ninguna cuestión. Las cabezas de *La familia de*



*Austria* nada tienen de semejante a los modelos de Giorgione y de Tiziano, y no es él el responsable de la falta de carácter que en ellas se advierte. Muchos de sus mejores retratos están desfigurados con el arrebol, detestable moda que entonces se usaba, pero que nunca se ha extendido por España.

Debemos convenir en que sus obras son más exóticas y tienen menos carácter español que las de Murillo y algunos otros. Entre aquellas y las de nuestro último presidente<sup>105</sup> se puede señalar una viva semejanza en el modo de ver los asuntos y de manejarlos. No se puede formar juicio de su talento, mucho menos que del de Murillo, por lo que se ve fuera de España. Si se exceptúan unas pocas obras que ahora están en Inglaterra, apenas es genuina ninguna cosa de las que se encuentran allende el Pirineo. Después de examinar una gran porción de las pinturas de Europa, vine a deducir que hasta mi llegada a Madrid nunca había visto una pintura realmente suya.

Hemos transcrito este largo trozo, porque, como indica con mucha exactitud el capitán Cook, fuera de España no se comprende en toda su extensión el genio del príncipe de nuestros pintores, y entre los ingleses en especial no deja de ser común esta opinión.

پس

### Geología y botánica

De los trabajos de historia natural con que el autor cierra su obra está excluida la botánica por motivos tan honrosos para nosotros, como los siguientes:

Otra razón es que la obra ha sido hecha ya por los naturales en gran parte de la Península, y que el gobierno posee los materiales de una *Flora Española* casi completa y hombres capaces de ordenarlos, lo cual es muy de desear que se ponga en planta antes que perezcan aquellos y tengan estos cerrada la puerta para sus trabajos, estando ya en el último tercio de la vida.

Cabanilles en su magnífica obra ha dado a conocer una gran porción de la botánica de Valencia. Rojas Clemente empleó muchos años en ardientes y activas investigaciones sobre la vegetación de la importante cordillera de Sierra Nevada, donde en

---

<sup>105</sup> El famoso pintor inglés Reynolds (N. del T.).



pocas horas se pasa de una región tropical a la de Siberia o Nueva Zembla; y particularmente en señalar límites o zonas de vegetación. El importante distrito de Murcia, y en especial la costa en la región de la Salsola o país de la Barrilla, ha sido examinado por el director de las alumbresas<sup>106</sup> de Almazarrón que ocupa su centro, el cual ha recogido un copioso herbario.

Los oficiales de Marina de Orcera, en la sierra de Segura, me informaron de que en un lugar siete leguas distante, de cuyo nombre me olvidé, pero que está en los bosques, había un buen botánico en un rincón sumamente interesante y del todo desconocido. El botánico más hábil y experimentado que ha estudiado en tiempo alguno los Pirineos es, según opinión general, el doctor Bolos, que reside en Olot (Cataluña la alta) y ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la ciencia en un paraje muy a propósito para la investigación de la vertiente meridional de aquella cadena, de la cual se conoce muy poco comparativamente. Su herbario, según él dice, contiene nueve mil especies. La región central es muy conocida a Lagasca, el eminente profesor de Madrid, que habiéndose engolfado ardientemente por desgracia en el sistema constitucional y abandonado sus ocupaciones botánicas, es ahora del número de los desterrados.

Los distritos meridionales y del medio –añade poco después–, encierran la botánica más interesante de este vasto país, y realizan el dicho de un elocuente escritor moderno sobre la Italia, que le es muy inferior; «que su esterilidad es más que la fertilidad de otros países». Esto es literalmente cierto en España, donde en los sitios más incultos y silvestres se embalsama el aire con fragancias deliciosas: los hornos se encienden y los minerales se funden con plantas las más aromáticas, y en caso de epidemia podrían enviar en muchos sitios a las sierras por matorrales para quemar en las calles, seguros de que el aroma apartaría o desvanecería la pestilencia.

π

---

<sup>106</sup> Minas de donde se obtiene el alumbre.



El capítulo que dedica al importante ramo de bosques es sumamente interesante y merece muy especial atención y no son menos dignos de elogio sus apuntes sobre ornitología y sobre cuadrúpedos y reptiles de España. Las observaciones generales sobre la abandonada geología de este país con que el autor cierra su obra, nos moverían a dar cuenta de ellas, si no fuera por miedo de alargar aún mucho más este artículo. Tales son los *Sketches in Spain* del capitán Cook. Nótase en ellos de cuando en cuando alguna inexactitud y cortedad excesiva de noticias. Por ejemplo, de León solo apunta algo (y por cierto no de todo punto exacto) acerca de la catedral, y omite por entero los notables edificios de San Marcos y San Isidoro. En lo perteneciente a historia natural dice que es muy dudoso que se encuentren osos en alguna parte más que en el Pirineo, y que en Asturias le aseguraron las gentes que no se veían, cuando así en las montañas de este país como en las de León y Galicia son muy abundantes.

Como quiera, estos son tan pequeños lunares que a poca distancia ya no se advierten en la hermosa fisonomía de la obra. Si de los escritos puede deducirse no solo el talento del autor sino también su carácter, fuerza es convenir en que el de nuestro viajero tiene mucho de estimable y bondadoso, y que apenas hay página donde no se trasluzca una imparcialidad benévola y suave que cautiva al lector sin que de ello se aperciba. Por las muestras que hemos insertado se ve que sus estudios son severos y sus ideas exactas, pero aunque de semejantes dotes careciera, el espíritu que ella transpira le haría acreedor a la gratitud sincera del pueblo español. Por nuestra parte nos tenemos por dichosos en ser los primeros en manifestar unos sentimientos que no dudamos en atribuir a todos nuestros compatriotas. Si el capitán Cook contrajo en este país alguna deuda de gratitud, la ha pagado tan noble y caballerosamente que cuantos hayan tenido ocasión de complacerle se envanecerán de ello, y no desearán sino proporciones para obligarle de nuevo.

*El Laberinto*, tomo 1, núms. 10, 11 y 12,  
16 de marzo, 1 y 16 de abril de 1844

